

de crin; cuando muerto se le ven apenas escasos pelos. Esto parece tanto mas extraño, cuanto que no puede considerarse como consecuencia del clima; pues, segun King, han sido muertos en la India leones con crin, los cuales parecen encontrarse regularmente en el territorio de los afluentes orientales del Dchumma.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.— No sabemos aun hasta dónde se halla propagado este leon. Smee le encontró en Guzerate, sobre todo en los cañaverales á lo largo de los rios, y tan frecuente, que en un solo mes pudo cazar once piezas. Los indigenas no supieron decir mucho respecto del «tigre camello» y atribuian al tigre comun los robos que aquel cometia. En todo caso hemos vuelto á encontrar en el leon de Guzerate una especie ó variedad conocida ya por los antiguos.

Muy difícil es formarse una opinion sobre si los leones citados son todos variedades de la misma especie ó si al menos el leon de Berberia, el del Senegal y el de Guzerate pueden considerarse como especies separadas.

La crin está tambien en las mismas especies muy sujeta á variaciones y es de cierto modo justificable la opinion de que en eso influye mucho el clima.

Cada zoólogo y cada comerciante de animales puede decir á primera vista y sin equivocarse, cuál de las tres formas principales tiene delante, y los naturalistas deberán recordar que tambien hay otros grupos de felinos, que, diferentes sin duda en cuanto á la especie, son tan parecidos entre sí, como los citados leones. Para nosotros es, por lo demás, esta cuestion de poca importancia, asemejándose todos los leones esencialmente en su modo de vivir.

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE LOS LEONES.— Miles de años han pasado ya desde aquel tiempo en que se podian reunir seiscientos leones para luchar en el circo. Desde entonces el rey de los animales se ha retirado continuamente y poco á poco delante del soberano de la tierra. Herodoto nos cuenta que en una expedicion de Jerjes á Macedonia, los leones se precipitaron sobre los camellos de bagaje, con gran admiracion por parte de los guerreros, que no habian visto nunca estas fieras soberbias en dicha region. Aristóteles cita los rios Ressus y Ajeolo como limites del territorio de los leones en Europa, y dice expresamente que en este continente no hay leones mas que allí. No puede decirse cuándo han sido estos exterminados en Europa; lo menos habrán pasado ya mas de mil años. Por la Biblia sabemos que el leon y sin duda la variedad persa, vivia en Siria y Palestina; pero tampoco tenemos noticias de su exterminio en la tierra santa. Por todas partes el hombre se opone al peligroso enemigo de sus rebaños, y continuará rechazándole poco á poco, hasta exterminarlo por completo. El leon de Berberia habitaba antes todo el norte del Africa y tan frecuente era en el Egipto, como en Túnez, Fez y Marruecos; el aumento de poblacion y de la civilizacion le fueron echando poco á poco, de modo que ya no se le encuentra en la parte inferior del valle del Nilo, ni tampoco en casi toda la costa meridional del Mediterráneo. En Argelia y Marruecos, no es todavia el leon muy raro y en Túnez y en el oasis de Fezzan se le ve con mucha frecuencia. Pero sobre todo en Argelia su número ha disminuido mucho; las continuas guerras de los franceses con los árabes le han rechazado, y los cazadores franceses, sobre todo el célebre Julio Gerard, han diezado sus filas. Para el leon del Senegal la situacion es mas favorable; los indigenas del Africa central y del Sur, armados de lanza, algunas veces de flechas envenenadas y mas raramente aun de armas de fuego, no pueden luchar con ventaja con el animal que mas les pone á contribucion. Sin embargo, tambien el negro hace retroceder al leon.

No hace mas de 50 años que Hemprich y Ehrenberg oyeron el rugido del leon en los bosques de la Nubia meridional, no lejos del pueblo Handakh; hoy ya no existen allí. En los países del Nilo inferior han sido exterminados por completo ya hace siglos; en las estepas de Takha, Sennaahr y de Cordofan donde se encuentran aun, va disminuyendo su número cada año, lo mismo que en las costas occidentales y orientales y en el sur del continente, sobre todo, donde hay colonos europeos. El carnicero no puede resistir á la audacia y al valor de estos, ni á las armas de fuego. Sin embargo contienen aun las vastas estepas del Africa central un sin número de leones, y estos se mantendrán firmes allí al lado de los rebaños domésticos compuestos de millones de vacas, antilopes, etc.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.— El leon vive solitario y solamente en la época del celo va con la hembra. Fuera del tiempo del apareamiento, habita cada leon su propio terreno, sin reñir con otros de su especie por causa del alimento: mas bien sucede con frecuencia que varios leones se reúnen para una expedicion de caza. Segun Livingstone, cuyas noticias parecen completamente fidedignas, cazan en grupos de seis ú ocho individuos, probablemente dos leonas con sus hijuelos; la gente de Heuglin vió una mañana seis ó siete de ellos reunidos. En circunstancias extraordinarias se juntan, sobre todo en el sur del Africa, en número aun mayor.

«Cuando la estacion adelanta, me escribe Eduardo Mohr, en los meses de mayo hasta setiembre, numerosas manadas de antilopes y cuagas abandonan los desiertos de la estepa de Calahari, ó las solitarias llanuras altas del Transvaal, dirigiéndose á las vastas praderas situadas al rededor de Lucia-Bay, reuniéndose allí, ó ya en el camino en número incalculable. A estas manadas siguen á veces los leones, formando grandes grupos. Segun me dijo mi íntimo amigo el cazador John Dunn, encontró, en 1861, en compañía de Oswell en el desierto de Anatonga, una manada de *gnus* azules, mezclada con *cuagas* y antilopes, que necesitaba, segun su cálculo, 35 minutos para pasar, ocupando un terreno de 3 cuartos de legua (inglesa) de ancho. A esta manada seguian unos veinte leones grandes y pequeños, reunidos en un grupo.» Anderson tambien habla de grupos de leones y asi debemos, por ahora, dar fe á estas noticias.

Durante el tiempo del apareamiento, cazan el leon y la leona; pasada la época del celo, comunmente dos ó tres juntos en un territorio mas ó menos grande, segun la abundancia de la caza, el cual abandonan cuando esta empieza á escasear. Cada leon necesita tanto alimento que un número grande de ellos no puede vivir mucho tiempo reunido en una region. Habitan con preferencia los anchos valles cubiertos de bosques, parece gustarles menos la montaña; sin embargo, suben á los montes, segun mis propias experiencias, hasta la altura de 1,500 metros.

El leon elige un hoyo llano para su morada; en el Sudan prefiere las malezas, en el sur del Africa busca los cañaverales que orlan las orillas de los rios, eligiendo siempre los sitios mas ocultos y abrigados.

En esta cama descansa uno ó varios días, segun la abundancia y tranquilidad de la region. En los grandes bosques habita muchas veces el mismo sitio durante largo tiempo, no dejándole hasta que ha disminuido demasiado la caza á sus alrededores.

Cuando viaja, se queda en los sitios donde la mañana le sorprende, eligiendo siempre la maleza mas oculta.

El leon tiene las mismas costumbres generales que los demás felinos, pero en este concepto se distingue por algunos rasgos característicos. Es el mas perezoso de todos los miem-

bros de la familia; no le gustan las grandes carreras, y trata por el contrario de vivir cómodamente, si así puede decirse, en cuanto le es posible. Sigue con regularidad á los pueblos nómadas en el Sudan oriental, cualquiera que sea la dirección que lleven; los acompaña por las estepas y vuelve con ellos al bosque, considerándolos como súbditos suyos; lo cual no deja de ser exacto hasta cierto punto, toda vez que los tiene sometidos al mas pesado de todos los impuestos.

Su vida es nocturna: durante el día no abandona su guardia sino cuando se le obliga á ello, y muy rara vez se le encuentra en el bosque, á menos que se le busque y le hostiguen los perros. Aseguran los árabes que hácia el medio día sufre horriblemente el león á causa de aquejarle la calentura, lo cual le empuja mucho; alegan asimismo que si se le quiere poner en movimiento es preciso obligarle á pedradas, pues no se levanta por su propia voluntad. En rigor no es esto del todo exacto, aunque no puede negarse que es muy perezoso mientras que el sol brilla en el horizonte. En mi último viaje por Abisinia, me pude convencer de que se desliza algunas veces en la espesura durante el día, ó permanece tranquilamente en un punto culminante para observar á los animales del canton que habita. En prueba de ello puedo decir que uno de mis criados vió en pleno día un león sentado en el valle que conduce desde Mensa á Ain-Saba. Aquel animal miró con mucho interés al camello y á su amo, pero los dejó pasar tranquilamente. Se han considerado como falsos los asertos de Le Vaillant y otros naturalistas acerca de la costumbre que tiene el león de examinar así todo su dominio; pero yo he tenido ocasion de reconocer el hecho por mí mismo. Hemos visto un león echado en una colina árida y pedregosa, donde seguramente solo se ocupaba en explorar los puntos de los alrededores en que mas tarde habia de encontrar con mayor facilidad la caza.

El león no se acerca á las inmediaciones de los pueblos hasta la tercera hora de la noche; y dicen los árabes, «que con sus rugidos anuncia tres veces á los animales su llegada.» Desgraciadamente nunca me parece en modo alguno justificada la buena intencion que se le atribuye, pues si es cierto que muchas veces oí el rugido del león, no lo es menos que otras tantas he observado que se acerca sigilosamente á las habitaciones para apoderarse de algun animal. Algunos días antes de nuestra llegada á Mensa, un león habia entrado tres noches seguidas en el pueblo, anunciando tan solo su presencia un mechón de pelos que dejó en una cerca al querer saltar por encima de ella. En las primeras noches que siguieron á nuestra llegada, creíase generalmente que la fiera rondaba aun por los alrededores; pero no oímos su rugido mas que dos veces, y esto á larga distancia. En el Cordofan, por el contrario, tuve la ocasion de oírle en el mismo pueblo donde yo habitaba.

También otros observadores cuentan que el león se acerca al hombre muchas veces á hurtadillas, como el ladrón.

Sin embargo, los árabes no mienten en esto, sino que explican el hecho de un modo inexacto.

Fritsch oyó, ya rugir, ya gruñir, á tres leones cerca de su carro al que estaban atados los bueyes de tiro; yo mismo oí en el Cordofan y en las selvas vírgenes junto al río Azul, los rugidos que salen del pecho del león y al principio de la noche mas de cien veces, pero nunca he reconocido en este rugido el deseo de la presa inmediata, y si creo que el de hacer salir á los otros animales de sus guaridas, para que él ú otro compañero suyo, pudiesen cogerlos mas fácilmente. Puedo afirmar que el león ruge delante de los cercados, ya sea un kral, ya una seriba, para hacer huir al ganado. En las líneas siguientes doy una descripción de la sorpresa de un cercado por un león, observada por mí mismo.

El sol acaba de ocultarse en el horizonte; el pastor nómada ha reunido su ganado en la *Seriba*, especie de campo atrincherado, rodeado de una empalizada de hasta 3 metros de elevación por un metro de grueso, y compuesta de ramas de mimosa, cubiertas de sus poderosas espinas. Aquel es el abrigo mas seguro que puede proporcionarse el pastor: las sombras de la noche se extienden sobre el animado campamento; las ovejas llaman á los corderos; las vacas que se acaban de ordeñar reposan tranquilamente, y una numerosa jauría vela por todos. De repente ladran los perros; reinense en un abrir y cerrar de ojos, y se precipitan en una misma dirección, perdiéndose en medio de las tinieblas de la noche. Oyese luego el rumor de una lucha de corta duración, ladridos furiosos, un grito ronco y mas terrible todavía, y despues nuevos ladridos que dan la señal de la victoria; una hiena rondaba por el campo, y los valerosos guardianes la habian puesto en fuga despues de un breve combate; un leopardo no habia tenido mejor suerte. Restablécese la tranquilidad en el campo; cesa por completo el ruido, y el silencio de la noche reina en absoluto, devolviendo la calma á todos aquellos seres; la mujer y los hijos del pastor han vuelto á encontrar el reposo bajo una tienda, y terminadas sus cotidianas faenas, prepáranse los hombres á entregarse al descanso. En los árboles próximos oyese aun el vespertino canto de las chotacabras, las cuales revolotean por los aires, acercándose con frecuencia á la seriba, y deslizándose como fantasmas sobre el dormido rebaño. El silencio reina por todas partes; los perros dejaron ya de ladrar, sin descansar sin embargo en su vigilancia.

Pero de repente parece como si temblara la tierra; déjase oír en las cercanías el rugido del león, y justifica bien su nombre de *Essed* (que todo lo trastorna), pues en el instante se produce un verdadero tumulto y cunde la consternación en la seriba. Los corderos aturdidos van á dar de cabeza contra las breñas; las cabras comienzan á balar; los rumiantes se reúnen instintivamente en tropel, poseídos de espanto; el camello se esfuerza por romper sus ataduras para emprender la fuga, y los valerosos defensores del ganado, aquellos perros vigilantes que han vencido al leopardo y á la hiena, aullan y se refugian temblorosos á los piés de su amo. Este no sabe qué partido tomar; desconfía de su fuerza y tiembla en su tienda al reconocer su impotencia. ¿Qué hará, armado de su lanza, tratándose de combatir á tan terrible enemigo? Le deja, pues, aproximarse cada vez mas, y bien pronto el brillo de los ojos chispeantes del león aumenta el terror que su rugido inspira. ¿Quién le impedirá confirmar el sobrenombre de *Sabaa* (matador de ganados) con que le designan los árabes?

De un salto prodigioso, el poderoso animal franquea la empalizada de ocho á diez piés de altura, cubierta de fuertes espinas, y se precipita para escoger la víctima. Un solo golpe de su temible garra derriba un ternero de dos años; con sus poderosos dientes le rompe las vértebras cervicales; el matador, orgullosamente plantado sobre su presa, deja oír un sordo rugido, y sus grandes ojos brillan de rabia y de contento, mientras que azota sus costados con la cola. Por momentos abandona á su agonizante víctima, y despues vuelve á morderla de nuevo hasta que deja de existir. Al fin piensa en la retirada, y para efectuarla, debe saltar otra vez por encima del alto muro, llevando al animal entre los dientes; mas á pesar de la fuerza que semeja acto requiere, siempre consigue realizarlo. Yo he visto una seriba de nueve piés de altura, por encima de la cual arrebató el león un ternero de dos años y hasta he reconocido el rastro de aquella pesada carga sobre la empalizada, así como tambien el hoyo que hizo en la arena al caer al otro lado. El león se lleva con facilidad semejante carga á distancias de mas de media milla,

y algunas veces puede seguirse el surco abierto en la arena por la víctima hasta el sitio donde ha sido devorada.

La presencia del león, sembrando el espanto, parecia haberlo aniquilado todo en la seriba, pero con su marcha renace la confianza, respirando de nuevo libremente los seres que allí viven. Hay, no obstante que declarar, que el pastor se somete resignado á su desgraciada suerte, pues sabe que el león es su rey con el mismo derecho que el jefe de su tribu, robándole casi tanto como este.

Compréndese fácilmente que todos los animales que conocen á tan temible raptor, se inquieten y acobarden cuando

oyen sus rugidos. Su grito le caracteriza realmente, y hasta pudiera considerarse como la gráfica expresión de su fuerza, pues es el único en su especie y mas poderoso que el de otro animal cualquiera. Los árabes le aplican muy oportunamente el nombre de *raad*, es decir, *trueno*. El rugido del león es indescriptible; diríase que sale de las profundidades de su vasto pecho cual si fuera á estallar. Muchas veces es difícil reconocer en qué dirección se oyen los rugidos, pues el animal al lanzarlos se inclina hácia tierra y esta los propaga en todos sentidos á la manera de un ronco trueno. Parece una mezcla de sonidos muy poderosos que podrian com-

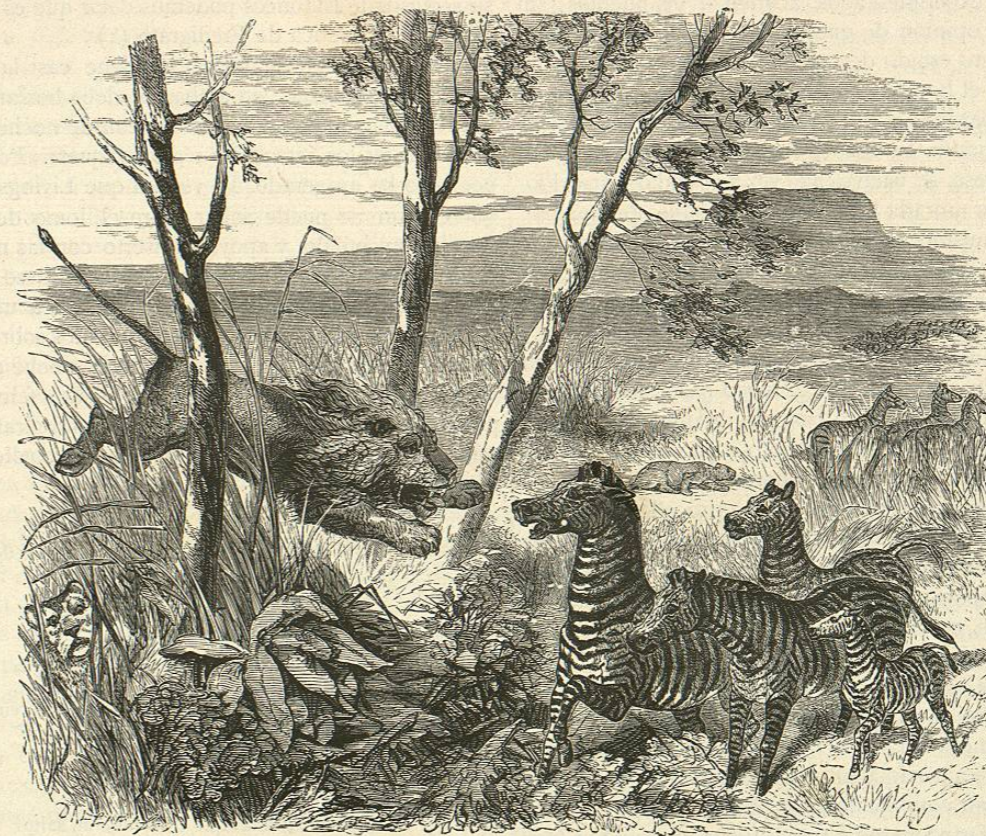


Fig. 117.—LA CAZA DE LA CEBRA POR EL LEÓN

prenderse entre las vocales O y U: por lo general se oyen primero tres ó cuatro que se emiten lentamente á manera de gemidos; pero bien pronto se acentúan y repiten para debilitarse de nuevo, disminuir de intensidad y trasformarse en una especie de gruñido. Cuando un león deja oír su aterradora voz, todos los demás que le oyen hacen coro, resonando en los bosques una especie de concierto verdaderamente grandioso.

No es posible formarse idea de la impresión que la voz del león produce en los demás animales: la hiena al oírle deja por un instante de aullar y el leopardo de gruñir; los monos lanzan agudos gritos y se refugian atemorizados en los árboles mas altos; un silencio de muerte sucede á los balidos del ganado; los antílopes huyen con espanto por las breñas; el camello comienza á temblar, no atiende ya á la palabra del que le guía, arroja su carga y al jinete, y busca su salvación en la fuga veloz; por último el perro, que no está adiestrado para la caza del león, se refugia tembloroso junto á su amo.

El hombre mismo, cuando oye por primera vez aquellos rugidos terribles en medio de las tinieblas de la selva virgen, se pregunta con inquietud si tendrá bastante presencia de espíritu ante el temible sér que los produce.

Livingstone dice que el grito del avestruz es tan fuerte como el rugido del león, sin causar miedo á nadie, y que este rugido no estremece al que se halla seguro en su casa ó en su carro; pero, segun confiesa dicho viajero, no sucede lo mismo cuando la voz del león se mezcla con los horribles truenos de una tempestad del Africa central, cuyos deslumbradores relámpagos rasgan las nocturnas tinieblas y cuya lluvia apaga las hogueras; ni cuando el hombre se encuentra sin armas, indefenso frente á frente del rey de las selvas. De mi sé decir que el rugido que sale del pecho del vigoroso felino me causó una profunda impresión cuando le oí por vez primera; mas adelante le escuchaba con gusto, y veía en él la magnífica, pero horrorosa, música nocturna de la selva virgen, donde en mas de una ocasion he visto palidecer, al oír estas voces, á valerosos turcos, que estaban acostumbrados á arrostrar con ánimo sereno las balas y lanzas de sus enemigos.

Los animales experimentan la propia angustia y el mismo terror, cuando sin oír la voz de la fiera se aperciben de su presencia, y aun en el caso de olfatearla sin divisar á su enemigo, pues todos saben que su proximidad equivale para ellos á la muerte.

El león se acerca siempre que puede á los pueblos, los cuales constituyen desde aquel momento el único objeto de